

—¿Quién es usted?—le interrogó el agente de la autoridad.

—Temo ser un pariente cercano de la víctima.

—En tal caso, pase usted conmigo.

El desdichado se detuvo un momento con la frente bañada en sudor. ¿Qué iba á ver dentro de aquella casa de ingreso sombrío? Tal vez á Dolores tendida en el suelo entre gentes extrañas, deshecho el cráneo por un balazo ó atravesada la garganta por el filo de un arma repulsiva. Presentía que la emoción podía ser más fuerte que su resistencia física á la torturación y el espanto. El horror lo atraía con sugestivo vértigo, y siguió por el portal hasta el patio.

Allí estaba derribado en un charco de sangre un rígido bulto. No era Dolores. Era una mendiga andrajosa, muerta imagen de la vagabundez y del alcoholismo. Pablo sustentóse en el muro y rompió á llorar.

—No hay por qué conmoverse—le advirtió uno de los hombres que allí pululaban—. Era una vieja harpía, conocida en el barrio por sus borracheras, que ha tenido á bien quitarse de en medio, se-gándose el cuello con una navaja de afeitar.

Pablo no separaba los ojos de la muerta. Tal vez en aquellos momentos, Dolores, la mujer delicada y amante, yacería exánime en otro lugar, rodeada de otros seres indiferentes que harían comentarios burlescos, profanando su memoria y su nombre.

Sintió por fin repugnancia y asco. ¿De quién? De todos, de los demás y de sí mismo. Recordó á la sazón que habiendo negociado un agente de Bolsa días antes sus *Tabacaleras*, y depositado su importe en el Banco, debía recoger su talonario de cuentas corrientes.

Llegó al establecimiento de crédito. Recogió su libro y resguardo y dirigióse al Club.

Necesitaba emociones flamantes, algo que lo distrajera de su ansiedad. Llegó sin darse cuenta del camino que había hecho. No halló á nadie. Quiso recorrer con la vista las columnas de los periódicos y no consiguió enterarse de lo que en ellos se decía. En esta ocupación, mejor dicho, en este tormento, invirtió tres horas.

A eso de las cuatro le avisó un ordenanza que había comenzado la partida del treinta y cuarenta. Pablo se levantó del asiento como un autómatas, y se dirigió al salón en que tantas noches había pasado sus torpes vigiliias, mientras ella, su mujercita, velaba sobre aquella labor, abandonada ahora en su bastidor de nogal.

Jugó maquinalmente, sin conseguir expulsar de su pensamiento la imagen de la mujer sollozante, sin dejar de escuchar el golpe seco de la puerta al cerrarse, el mugido del viento, el rumor de la nieve al precipitarse sobre los cristales en torbellinos, la calle desierta, la llama oscilante del reverbero, proyectando sobre los muros siluetas de siniestros contornos.

La suerte le era adversa; conforme iba perdiendo iba entregando un talón firmado á uno de los ordenanzas del Club, quien lo llevaba al cajero de un Banco de crédito situado en el mismo edificio, y volvía luego trayendo á Pablo un fajo de billetes, que éste arrojaba sobre la mesa sin pestañear.

Perder ó ganar, ¿qué importaba? Lo que quería era encontrar de nuevo esa sensación voluptuosa, que había saboreado tantas veces, y que ahora se obstinaba en huir. Quería jugar sin descanso y sin límite. Si ganaba, huiría á América, á un país cualquiera desconocido, en donde pudiera relegar al

olvido aquella figura desconsolada, que ambulaba entre las sombras por lugares ignotos en busca de una redención imposible y de una felicidad para siempre marchita.

—Está hecho el juego, señores—decía el banquero.

Y Pablo no prestaba atención al azar, hasta que uno de sus contertulios le decía asombrado de su estoicismo:

—También esta vez ha perdido usted.

¿Habría vuelto Dolores al hotel? Imposible. Conocía la fortaleza de alma de aquella mujercita blonda, de ojos zarcos. Había soportado la indiferencia y la culpa en silencio. Había recibido la sanción sin pestañear; había tenido valor para abandonar su lecho de raso, sus escondrijos de chucherías adorables, su sillita de labor en que esperó con la resignación y la paciencia del mártir.

Pablo mordióse los labios con rabia y despecho. No volvería.

Rasgaba talones con frecuencia asombrosa. Llegó un momento en que acertó á sacarle de sus meditaciones su mala suerte. Perdía demasiado. En su *carpet* de fortuna debía faltar ya una cantidad considerable de folios. Por primera vez se estremeció entonces ante la posibilidad de ser despojado. El jugador renació entonces. Comenzó por prestar atención al embite, á lo que denominan los puntos *martingalas*. Poco á poco la imagen de Dolores se fué desdibujando, borrando en las caliginosidades de su cerebro, y las cartas, con sus imágenes barrocas, fueron adquiriendo relieve en su percepción. Había que ganar, ganar á toda costa, para recobrar lo perdido.

El criado iba y venía llevando talones y aportando billetes. De cuando en cuando la voz nervio-

sa y enronquecida de Pablo articulaba en medio del silencio como un reto á la suerte:

—¡Juego!

Y otra vez perdía, y de nuevo se lanzaba á combatir con la adversidad implacable que hacía erizar sus cabellos con la conminación de una nueva derrota.

Era un frenesí loco, una irritación ciega. Ya no pensaba sino en la partida empeñada, en recuperar el tesoro que se le iba escapando á torrentes, en luchar brutalmente contra el destino.

A las diez de la noche hizo Pablo su puesta postrera y cortó su último talón.

Había perdido catorce mil duros.

VI

Delicta majorum

—No hay peor lengua que la de este Pastrana—dijo el general agitando en la taza la cucharilla, para disolver el azúcar—. Será menester decírselo á Pablo.

—Puede usted hacer lo que guste—contestó el vividor palideciendo ligeramente—. Lo que digo lo sabe todo el mundo. ¿Es acaso un misterio que perdió anoche Pablo setenta mil pesetas?

—No; pero lo otro...

—Lo otro se sabrá también dentro de dos días.

Además, eso nada menoscaba el prestigio de Pablo.

—¡Caracoles!—saltó un hombrecillo obeso y sonrosado—. ¡Echar á su mujer á la calle! *C'est drôle!*

—Permita usted, Rodriguez, yo no he afirmado que la echó, sino que la dejó marchar. Los criados saben que los señores no se vieron en muchos días, y que anteanoche preguntaron por la señora y Pablo les dijo: «No quiero que se hable más de ella.» Y no la han vuelto á ver.

—Eso es muy grave. Pero cuando él ha tomado esa resolución, ¿qué tal sería la pécora? *N'est pas?*

—Debia ser—prosiguió Pastrana—una mujer muy peligrosa. En cuanto á él... ya ustedes lo conocen. Pronostico que muy pronto se arruinará. Hoy mismo ha vendido en Bolsa todo su amortizable.

—Y vamos á ver—interrumpió el viejo general, fijando en Pastrana sus ojos pequeños y grises—. Si Pablo es tal como usted lo pinta, ¿cómo es que hasta ayer ha sido usted su amigo inseparable?

—¡Bah! Amigo de club, de partidas de caza, de abono en el palco...

—Es verdad—continuó el viejo con ironía—que él tuvo buen cuidado de no presentar á usted en su casa.

—¡General! ¡Eso que usted dice!...—saltó Pastrana fuera de sí.

—Calma, señores—medió Rodriguez—. Ninguno de nosotros penetró jamás en aquel castillo encantado. Pero esto no debe molestarnos. La dueña, por lo visto, no era muy de fiar. *N'est pas?* Ni muy honorable.

—¡Gran noticia, amigos míos!—dijo en este momento un nuevo personaje que entraba con una precipitación que sólo podía justificar la alegría del mal ajeno.

—¿Qué ocurre, Gonzalo?—interrogó Pastrana con curiosidad.

—Vengo del Casino y está allí Pablo. Lleva más de tres horas jugando sumas fabulosas.

—¿Y pierde?—preguntaron á la vez Pastrana y Rodriguez, como si ello pudiera procurarles alguna íntima satisfacción.

—¡Enormemente!

—Con seguridad más que ayer.

—¡Qué barbaridad! Es preciso ver eso—exclamó Rodriguez—. *Allons nous en!*

Cubrió su calva reluciente con el sombrero y salió seguido de Pastrana y Gonzalo, sin despedirse del general, quien sonrió irónicamente, como quien sabe medir todas las bajezas de que los hombres son capaces.

No llegaron á tiempo. Al entrar en el pórtico circular del Casino, Pablo subía á una berlina y cerraba la portezuela. Les miró friamente y volvió la cabeza.

—¡Qué descortés! *N'est pas?*—exclamó Rodriguez.

—Nos ha visto—dijo Gonzalo—y no ha querido saludarnos.

—¡Valiente amigo!—rugió Pastrana.

Los tres habían olvidado que venían expresamente á gozarse en su ruina y que, minutos antes, habían saboreado con deleite la noticia de su deshonra.

Era verdad; Pablo había perdido, y lo que era peor, estaba arruinado. Cuantos han frecuentado esos círculos aristocráticos, en donde ni para el vicio ni para la ofuscación hay medida, saben con cuánta facilidad se pasa del bienestar á la pobreza. No quedaba Pablo en ella precisamente; le restaba el hotel. Pero ¿qué significaba el hotel para quien

había vivido, si no en el fausto, en el cómodo desahogo? Había buscado la revancha y había perdido. Primero jugó por olvidar, luego por resarcirse, después por no resignarse á la medianía. Pensando en su ceguera, llegó al hotel, se encerró en su despacho, y se puso á echar cuentas.

Suponiendo que hubiera en adelante de permanecer solo, le quedada una cantidad apenas suficiente para vivir con suma modestia. El edificio valía poco: once ó doce mil duros. La renta de este capital no le bastaría para sustentarse. El corolario de semejante teorema no tardó en acudir á su mente: era preciso trabajar.

Trabajar; pero ¿en qué? El tenía á su espalda, encuadrado en un marco de talla dorada, el resultado de sus bien elementales estudios. Era licenciado en Derecho. Volvió la cabeza y vió el escudo nacional centrado de lises, una póliza de color de café y debajo: «*Por cuanto ha acreditado en debida forma...*» Se le autorizaba para ejercer libremente la profesión. Pero ¿es que él podía ejercerla? Lo ignoraba todo. Recordaba entonces la alegría de sus progenitores cada vez que llegaba á casa con su aprobado y aun la fiesta solemne celebrada cuando recibió el título. Creía que lo que había que conseguir era salir aprobado por cualquier medio. Y el Estado se había hecho cómplice de aquel magno error cometiendo una estafa, declarando capaz al que no lo era, cobrando una enseñanza baldía, expidiéndole un título irrisorio que lo incapacitaba para todo trabajo humilde. Seguramente, centenares de hombres, engañados villanamente como él, lloraban en aquellos momentos la vanidad de unos padres incautos y la benevolencia de unos cuantos doctores, satisfechos con vender sus deplorables libros de texto.

Enfrente de su asiento, y en otro tallado marco de roble, vió el retrato de su antecesor, grave, cejijunto, vestido de maestrante de Zaragoza. Una banda cruzaba su pecho y cuatro ó cinco placas se destacaban del uniforme sobre el lado del corazón. En una se veía á un santo guerrero exterminando infieles; en otra dos mundos y las columnas del *plus ultra*. Más allá escudos y alegorías y oscuros é intrincados emblemas. Y el buen magnate mostraba el semblante satisfecho, henchido de vanidad y soberbia, ignorando que su primogénito pensaría algún día al contemplarle de qué modo podría ganar con decoro un pedazo de pan.

¿Por qué no le había dedicado á industrial, á comerciante, á agricultor, á simple obrero? Hubiera dignificado su vida, labrando el porvenir con sus manos, hubiera sabido apreciar la fortuna y se habría guardado muy bien de jugarla á una carta. Y orgulloso de sus aptitudes, si no maestrante, sería maestro, y si no caballero de honor, ciudadano útil con decoro.

Lo veía ahora claro, transparente. Era la vanidad necia y ridícula, el falso concepto del honor lo que significaban aquellas bandas y aquellas cruces y lo que le había precipitado al abismo. El vástago de un prócer podía ser un holgazán, un disipador, un verdugo de sus semejantes, pero no podía ser en manera alguna ni un industrial ni un artesano. Lo exigía el honor del nombre. El honor: algo aparatoso, solemne y hierático, como esas armaduras vacías que ocultan con sus acerados petos y espaldas la endeble contextura del maniquí.

Y ese falso honor, ese abominable desvarío caballeresco era el que le había llevado á arrojar de su casa á Dolores, á quien debía haber perdonado y estrechar compasivo contra su seno. Para su pa-

dre, como para muchas generaciones egoístas, la mujer tenía que ser forzosamente la esclava, la vestal encargada de mantener el fuego sagrado, la sierva á quien se suponía cerebro de bronce y voluntad de diamante, y, por lo tanto, incapaz de pecar. El criterio del falso honor se hermanaba con el famoso y legendario del libre albedrío, y así no había perdón ni clemencia para la adúltera, como no lo había para el delincuente. Era la religión del exterminio, la filosofía de la crueldad, la moral del absurdo. De todas sus desdichas tenían sus progenitores la culpa.

¿Dónde había aprendido él que á la mujer caída ó á la que solamente un momento flaquea es preciso matarla? Lo había visto en la rigidez paternal, inflexible al juzgar en toda ocasión el adulterio. Lo había oído aplaudir en la escena, al fin de esos impíos dramas calderonianos, en los cuales á secreto agravio corresponde siempre justiciera secreta venganza.

No; él iba á romper con la tradición, á saltar por encima de convencionalismos y vanas rutinas. Buscaría ante todo á Dolores y la encontraría para abrirla los brazos y depositar un beso en su pálida frente. Acariciaría una vez más aquellos ondulados cabellos que tenían destellos áureos; se miraría en aquellas pupilas que reflejaban idealidades celestes. Y luego trabajaría con sus manos, aunque fuera para ello preciso vestir blusa; trabajaría de día y de noche, contento de sí mismo, y acabaría por crearse un hogar tranquilo, menos lujoso que el hotel, pero también menos lóbrego y solitario.

¿Cómo había podido permitir que Dolores huyera? Se consideraba tan criminal que le parecía imposible lavar su culpa. Su delito era sobrado

enorme para ser sólo suyo. Era el delito de sus mayores, la obra de un prejuicio de siglos, la secuela sombría de toda una barbarie ancestral.

Tomada ya esta resolución, pareció quedarse más tranquilo. Hizo sonar el timbre, y pasados unos momentos, Jaime apareció.

El ayuda de cámara tenía un aspecto de severidad desacostumbrada. No era la gravedad del servidor á la moda inglesa la que arrugaba bajo los rizos blancos su frente. Era algo inhabitual que no pudo menos de observar al primer golpe de vista Pablo.

—¿Llama el señor?—preguntó Jaime cortésmente.

—Sí; sírveme una taza de caldo.

—El señor ha de dispensarme—repuso el sirviente—; pero no hay *consommé*.

—Bueno; pues un caldo cualquiera, y si no, un ligero refrigerio caliente.

—Se me olvidó advertir al señor—dijo con cierto embarazo Jaime—que se ha despedido la cocinera. La he ajustado la cuenta y mañana vendrá á saldarla.

—Está bien; en tal caso, que me traiga Francisco algo del *restaurant*.

—Francisco...

—Francisco, ¿qué?—interrumpió Pablo.

—Francisco ha seguido el ejemplo de Juana.

—O Manuel, ó Teresa...

—Teresa y Manuel se han marchado también. Tengo el honor de estar solo en casa con el señor.

—¿Que todos se han marchado? ¿Y por qué? ¿Soy yo el que no pensarás hacer lo mismo?

—Yo—contestó Jaime turbado—estoy muy á gusto con el señor y me trata mejor que merezco... pero...

—Concluye—le interrumpió su amo irascible.
 —Yo, como los demás... respetaba mucho á la señora, y como se dice...
 —¿Qué se dice?—preguntó Pablo acongojado.
 —Como se dice que la ha despedido el señor...
 —Basta—murmuró Pablo, sintiendo subir á sus sienes la ira—. ¿Qué se te debe?
 —Aquí está la nota—contestó Jaime sacando un papel del bolsillo de la librea.
 Repasó la apuntación Pablo, abrió la cartera y arrojó sobre la mesa su último billete.
 —Toma; puedes retirarte.

Salió Jaime avergonzado y sumiso. Cuando cerró la puerta, Pablo miró de nuevo el retrato de su progenitor, y luego, de codos en la mesa, apoyó en sus manos la frente.

Estaba más solo, más pobre, más abandonado que nunca.

VII

Una niebla, un pájaro y un importuno

Por la mañana, al despertar Pablo, miró el reloj. Eran las nueve y quedó asombrado al ver que había dormido sin interrupción más de diez horas. La agitación de dos días de emociones hondas y diversas, la fatiga de dos noches de insomnio, habían podido más que su preocupación y lo habían rendido. Además, la resolución por él adoptada de buscar á Dolores, perdonarla y comenzar una vida

nueva de trabajo y regeneración había llevado á su organismo cierta sedación y una calma á su espíritu que hubiera sido incapaz de encontrar horas antes.

Se aproximó á las vidrieras del mirador. Debía ser aquella una mañana frigidísima, porque sobre los cristales se extendía una capa de aire congelado, semejante á un luminoso esmeril. Abrió las primeras hojas vidrieras y un frío sutilísimo penetró hasta la médula de sus huesos. Una niebla tupida, blanquecina, apenas si dejaba ver los ramares paupérrimos de las acacias. El horizonte era sólo un trasluciente vellón, que comenzaba á quebrarse en vedijas desmayadas de formas bizarras. Muchas veces Pablo había admirado nieblas semejantes, mas nunca como ahora había sido poseído de tan franca ternura, de tan intensa conmiseración de los pobres, de los desamparados, de los que no tenían techo bajo el cual cobijarse y habrían pasado la noche recibiendo en sus carnes el beso mortal del hielo y la neblina.

Un pequeño bulto, algo así como un informe montón de plumajes, estaba allí, en el suelo, junto á los hierros del mirador. ¿Qué era aquello? Inclínose Pablo y vió que eran los restos de un pajarillo. Instantáneamente reconoció á su infeliz jilguero, que días antes se había escapado por entre los hierros de su jaula y había tendido raudo el vuelo, gozoso de recobrar su libertad é independencia. Sin duda, la hosquedad de la noche, la húmeda frialdad de la niebla le habían obligado á volver y había entrado en el mirador por uno de sus abiertos montantes; luego, en la imposibilidad de buscar refugio en la habitación, había aleteado una y mil veces, se había arrojado con furia contra las cerradas vidrieras y por fin, imposibilitado de reco-

brar su tibio y hospitalario albergue, se había desplomado sobre el piso de cinc, para dejarse morir de hambre y de frío.

Impresionó á Pablo terriblemente el fúnebre hallazgo. Cogió cuidadosamente al jilguero y lo trasladó á su jaula dorada, en donde quedó rígido, con el pico entreabierto, los ojos velados por una cortina grisácea y las patas extendidas como en demanda de un postrer sustento. Una lágrima rodó por las mejillas de Pablo. ¿Es así como un día puede trocar la alegría en dolor, el bullicio en quietud y la vida en inercia? Todo presto se olvidaría; el sol saldría para alumbrar otras frescas y risueñas auroras, y á la primavera, en la copa de los castaños y de los robles, para saludar la renovación de la vida, se oiría susurrante y regocijador el jocundo canto de los pájaros nuevos.

El regreso del fugitivo fué, con todo, para Pablo, un augurio feliz. Volvería Dolores. Como el pajarillo, experimentaría la nostalgia de los sitios hospitalarios en que desempeñó noblemente su augusta función semimaternal. Tornaría á llamar á los vidrios con sus dedos de rosa, y Pablo, al oirla, saldría, ahogando sus suspiros de emoción y de sobresalto, para abrir las puertas de par en par y gritar con voz que sólo los Genios del amor podrían oír: «¡Salve, oh, mujer doliente y redimida; bendita tú eres, vuelve á mí tus ojos de dulzura y misericordia!»

Tomó un lienzo en sus manos y limpió el hielo de los cristales, con igual unción con que pudo limpiar el sudor del Justo la mujer jerosolimitana. Miró entonces, queriendo perforar con su mirada inquisitiva la niebla, y no pudo ver sino un vapor impenetrable y confuso; flotantes jirones de albura inmaculada, cendales cándidos que se rompían,

madejas de luz que se deshilaban en fibras argénteas. Envuelta en aquellos helados armifios estaría la mujercita, la llorosa rubita de ojos zarcos, débil, enferma, sollozante, pensando en su nido olvidado y yerto, prestando el oído al silencio solemne de la Naturaleza dormida, para buscar en él una palabra santa de perdón.

Pablo se sentía grande, regenerado; necesitaba perdonar, proteger, devolver centuplicadas las ansias, los desvelos á la abnegada mártir. Miró de nuevo el horizonte brumoso, y como si pudiera escucharle la fugitiva, gimió con palabras entre cortadas por los sollozos: «¡Ven, alma mía; ven, corazón, á olvidar tus amarguras y tus orfandades, á apoyar tu frente sobre mi pecho y tus labios sobre mis labios!»

Retiróse del mirador angustiado, pero confortado por la esperanza. ¡Volvería! Y volvería hoy mismo. Se lo decía el golpeteo de la sangre en sus congestionadas arterias. ¿No giraba ya la puerta sobre sus goznes? ¿No crujía en la alfombrada escalera el rumor de sus débiles pasos? Y prestaba el oído atento, como debió prestarlo impaciente Petrarca, en espera de la bella criatura vestida de blanco:

In dolce, umile, angélica figura.

Tomó un libro en sus manos. ¿Cuál? Él mismo no lo supo cuando lo dejó encima de un velador. ¿Qué le importaba á él todo lo que escribían y hacían los hombres? ¡Miserias, nada más que miserias! Sospechaba haber leído algo de equilibrio de los poderes, de orden social. Todo aquello le era no sólo indiferente, sino también odioso. Lo esencial era que ella, Dolores, volviera.

Se asomó una y mil veces al mirador. La nie-

bla iba despejándose en gasas flotadoras, y un sol débil, amarillento, comenzó á bañar los enarenados paseos cubiertos de escarcha. Era un polvillo blanco en que se irisaba la luz como sobre un joyel de diamantes, que se licuaba prisma á prisma y se deslizaba en hilos finísimos sobre los encintados de las aceras.

Próximo el medio día, vió acercarse al hotel á un transeunte. Era un desconocido, pulcramente ataviado y arrebuado en un gabán con vueltas de piel. Se acercó á la puerta y oprimió el timbre. Recordó Pablo que estaba solo y se apresuró á bajar la escalera para facilitar la entrada al visitante. Sintió curiosidad y temor. Tal vez aquel desconocido le traía noticias de Dolores.

—¿Don Pablo Tablares?—preguntó sombrero en mano el recién venido.

—Yo soy—contestó Pablo—. Tenga usted la bondad de subir.

Subieron hasta la biblioteca. El corazón de Pablo golpeaba en el pecho violentamente sus diástoles. ¿Qué iba á comunicarle aquel hombre de aspecto vulgar, á quien minutos antes hubiera encontrado sin experimentar la menor emoción y cuya sola presencia le producía ahora confusión y embarazo? Le señaló un asiento y el desconocido lo ocupó con la tranquilidad de quien, libre de propias inquietudes, tiene tiempo y humor para ocuparse en las ajenas.

Era aquel un varón alto, amojamado, de edad madura, quien, advirtiéndole que Pablo le prestaba atención, se colocó unos lentes en el caballete de la nariz, sacó del bolsillo una cartera y de la cartera un papel, y con expresión que procuró modular afable y melosa dijole á Pablo:

—Caballero, yo soy procurador.

VIII

De cómo tornó Pablo á ser caballero

¡Procurador! Dió un salto en el asiento. ¿Cómo antes no se le había ocurrido pensar en ello? Dolores solicitaba el divorcio. Mientras él la suponía arrepentida, abandonada en el arroyo, ella, resguardada en lugar seguro, concertaba con aquel ente ridículo los términos y contingencias de una demanda en forma. Sintió deseos de arrojar desde luego al curial á la calle, poseído de una irritación sorda, de un airado y frenético impulso.

—Señor mío—increpó al visitante—: supongo lo que motiva esta entrevista, y como el asunto es para mí sobrado penoso, le suplico que ahorre circunlocuciones inútiles y exponga lo más concisamente posible su pretensión y la de la persona á quien representa.

Alzó la cabeza estupefacto el curial y le escudriñó por encima de los anteojos, colocados en el extremo de la nariz. Pensó, sin duda, que su interlocutor poseía un endiablado carácter.

—Por ahora—dijo—no represento á persona alguna, por más que pueda lisonjearme con la esperanza de que sean pronto aceptados mis humildes servicios...

Para colmo del enfurecimiento de Pablo, el amo-

jamado curial ó zurupeto era un endiablado ca-suista. Decidió abreviar la conferencia.

—¿Viene usted á proponerme términos de concordia?—le interrogó.

—¿Concordia?—exclamó el buen procurador en el colmo de la sorpresa—. No creo que haya dificultad alguna, y aunque es precisa la aprobación judicial por lo que atañe á los menores...

Los menores... ¿qué menores eran aquéllos? La impaciencia de Pablo aumentaba por grados é iba á trocarse muy pronto en iracundia.

Por fortuna, el curial le entregó una carta. En ella se ocultaba sin duda la clave del enigma. Pablo la tomó en sus manos con precipitación, y una vez leída, exhaló un suspiro, como quien se juzga aliviado de un grave peso.

Era la carta de un notario de Córdoba. En ella se notificaba á Pablo el fallecimiento de un tío carnal de Dolores, quien había dejado en poder del depositario de la fe pública, meses antes, un pliego con su testamento cerrado. Abierto con la debida solemnidad, en él aparecía la institución de herederos, por partes iguales, á favor de la mujer de Pablo y los hijos de un hermano de doble vínculo. El notario terminaba recomendando al procurador don Vicente García, como persona competente en la formación de operaciones testamentarias.

—¿De suerte—preguntó Pablo al curial—, que mi mujer es heredera?

—Heredera *pro indiviso* de la mitad del caudal relicto—contestó con su bárbara técnica el procurador—. Claro es que deducidas las bajas generales, los gastos de entierro y funeral y unos cuantos pequeños legados.

—¿Y á cuánto supone usted que podrá ascender el haber líquido de mi esposa?—preguntó Pablo.

—¡Oh!—contestó poniéndose serio el curial, como quien conoce la importancia del numerario—. Su herencia, á punto fijo, excederá de unas seiscientas mil pesetas.

—¡Seiscientas mil pesetas! Era una deslumbradora fortuna. Pablo y Dolores esperaban la herencia de su tío; pero nunca creyeron que aquel viejo avaro, tan parco en procurarse comodidades, pudiera allegar capital tan considerable.

—Felicitó á ustedes—dijo con sonrisa afectada don Vicente García—. Cuando es uno feliz, la riqueza no empece... eso es: no empece; y cuando se sufren contrariedades, con dinero todo se arregla.

¿Que todo se arregla con dinero? Pablo vislumbró entonces la formidable, la tremenda muralla que se alzaba entre Dolores y él. ¿Cómo iba á arreglarse con dinero el honor? Pobre Dolores, sería él magnánimo al perdonarla; poseedora de una pingüe fortuna, el perdón no podía ser traducido sino como innoble y despreciable baja.

Irguióse en pie y el procurador lo imitó, sorprendido ciertamente de la adustez de aquel cliente estrambótico que fruncía el ceño y miraba con ojos de impulsivo epiléptico en los momentos en que se le notificaba la nueva de una cuantiosa herencia.

—Está bien—murmuró sin tender la mano al curial—. Me doy por perfectamente enterado.

—Ruego á usted—interrumpió sepultando en una cajita oblonga los lentes el señor de García—que no olvide la recomendación que se incluye al final de la carta. Sin jactancia, puedo decir que mi larga práctica en los negocios...

—Bien, bien—le cortó Pablo secamente—. Ya se avisará á usted si fuese menester.

Despidióse el procurador formulando excusas y

ofrecimientos. Lo acompañó Pablo hasta la puerta y subió de nuevo á la biblioteca.

En cualquiera ocasión, la herencia inesperada hubiera sido motivo de regocijo. Algunas veces Dolores le había dicho al verlo disponerse á marchar en noches de helada ó ventisca:

—Ya verás, ya verás cuando muera mi tío, qué equipo de berlina te pongo.

El había reído la ocurrencia. Pero, á la sazón, la fortuna venía á frustrar del todo sus planes. Era seguro que Dolores habría escrito á su tío, ante todo, al encontrarse sola y sin recursos, y que ahora tendría noticias de la herencia y aun habría recibido alguna cantidad para hacer frente á la penuria. ¿Cómo él, Pablo, hombre de honor, tras haber echado á su mujer á la calle, iba á buscarla ahora para decirla: «Cuando eras indigente, te repudié; pero ya que eres millonaria, olvido tus faltas y me resigno á ser el marido engañado»?

¡Maldita herencia! Meses antes habría llevado alegría y fortaleza á Dolores y hubiera evitado tal vez su dolencia, de que fué causa predisponente la tristeza y la soledad. No hubiera sobrevenido el conflicto. Meses después no hubiera estorbado la reconciliación. Pero en estos momentos... Recostóse en un amplio sillón y vió enfrente la imagen del padre, erguido, de recia contextura, inflexible, incapaz de humillación y bajeza. Su turbación le anunció que el retrato triunfaba con todos sus rancios prejuicios y sus caballerescos y dogmáticos apriorismos. No: él era caballero también; no enajenaría su honor por dinero. No existía en el mundo Dolores, y si existía, que fuera dichosa con sus riquezas sin comprar con ellas su conciencia de hombre y su dignidad de marido.

Cogió su sombrero y su abrigo y salió del hotel

cerrando con llave. Tenía necesidad de tomar alimento, y no contando con servidor alguno, decidió encaminarse al Club.

Pasó allí todo el día viendo jugar, leyendo periódicos; en realidad, prestando muy escasa atención á cuanto pasaba en torno suyo.

Ya de noche llegó Rodríguez, quien se deshizo en cumplimientos y lisonjas. Aquel día estaba de excelente buen humor el caballere.

Cenaron juntos, y á los postres, Rodríguez comenzó á charlar de todo lo divino y lo humano. La satisfacción en él se traducía en malignidad, y el Burdeos y el kirsh desataban su mala lengua.

—¿No sabe usted lo que le acontece á Pastrana?

—preguntó guiñando sus ojillos minúsculos de raposa y pasando la mano sobre su reluciente calva sebácea.

—¿Qué le ocurre?—preguntó Pablo con indiferencia.

—¡Vuelve á unirse con su mujer, amigo mío!

—dijo el hombrecillo frotándose las manos con regocijada fruición—. Ya sabe usted que no se veían hace un año, desde que él sorprendió sus infidelidades con Alberto. *Cela vous étonne?*—continuó con sonrisa maligna—. Alberto... el capitán de húsares, aquel de los bigotes rubios, que tiene en la mejilla un lunar. Ya sabe usted quién digo... *N'est pas?*

Pablo comenzó á oír con interés la charla mordaz del vejete.

—Pues sí, amigo mío, sí—continuó el excelente amigo—, todo se ha olvidado. Parece que ella ha encontrado unas láminas de Ríotinto que juzgaba perdidas. Además, tenía su dinero en acciones de Filipinas, y como ahora han subido al doble después de aquella baja tremenda...

Pablo empezaba á comprender.

—El hombre se resigna—dijo Rodríguez en una explosión de risa desvergonzada—. Hay pecunia, y por consiguiente, *pas d'honneur! Pas d'honneur!* —repitió, mientras á impulsos de la hilaridad acompasaba sus carcajadas con el abdomen, que subía y bajaba en fuertes sacudidas con una regularidad insolente.

Su interlocutor no reía. Comparaba su situación con la de Pastrana. Si su amigo pasaba por el adulterio en gracia á la fortuna de su mujer, ¿no estaba él en el mismo caso? Miró á Rodríguez, que seguía riendo hasta congestionarse, y sintió un deseo brutal de propinarle un vigoroso puñetazo en el vientre, haciéndole cesar de una vez para siempre en su risa estúpida.

—¡La infidelidad conyugal!—dijo cuando pudo dominar su hilaridad el solterón impenitente—. Debe ser una contrariedad deplorable. No hay cosa más ridícula que un marido mantenido por su mujer, que hace de tripas corazón y que por todas partes adonde se encamina cree que la gente va á reírse en sus barbas. Hasta el escape del reloj de bolsillo le parecerá que le dice: *Bon jour, cocú! Bon jour, cocú!*

Reía su malaventurado chiste, se tendía sobre el respaldo del diván y el abdomen parecía agitado por una convulsión espantosa.

El asesinato, el descuartizamiento, todo lo comprendía Pablo. La sangre le ardía en las orejas.

—¡Es grandioso, soberano, épico! *Ce n'est pas?*

Pablo no contestó. Dejó al infame en su paroxismo epiléptico. Salió del Club desesperado, lloroso, como el niño pundonoroso á quien se inflige en el aula una corrección infamante.

Caminaba veloz, tropezando con los transeun-

tes. En sus oídos parecía vibrar cual golpe de un cilindro la voz siniestra del viejo sátiro.

—*Cocú, cocú!*

Llegó al hotel y se apresuró á introducir la llave en la cerradura.

En aquel momento, un chiquillo desarrapado, pero de ojos vivaces y fisonomía inteligente, se le acercó con un pliego en la mano.

—Caballero—le dijo quitándose la gorra y mostrando al aire sus enmarañados cabellos—, esto me ha dado una señora para usted.

Tomó Pablo en sus manos el pliego y quiso interrogar al muchacho, pero éste, una vez cumplido su cometido, emprendió rapidísima carrera.

Acercóse Pablo al círculo de luz proyectado por el reverbero, fijó su mirada en la línea del sobrescrito, y sintió un golpe terrible en el corazón.

Era la letra de Dolores.

IX

La jaula cerrada

Subió la escalera tambaleándose. Un frío extraño le acometía, y dos ó tres veces hubo de apoyarse en el pasamanos para no caer presa de un terrible desvanecimiento. Por vigoroso que fuera su organismo, las emociones de tantos días quebrantaban su salud á la postre. Llegado por fin á la biblioteca, apenas tuvo tiempo de dar luz y dejarse caer en un

diván. Sus dientes se entrechocaban con fuerza y el pulso le temblaba, zarandeado por los prodromos de un cercano accidente nervioso.

Rompió el sobre é intentó leer. Comprendió que le sería imposible. Sobre el papel pasaban impene- trables sombras; el temblor aumentaba. Apenas si pudo comenzar á descifrar estas solas palabras:

«Pablo; no merezco perdón...»

No acertó á continuar. Se sentía de veras enfermo. ¿Iría á morir allí solo, abandonado de Dios y de los hombres? Comenzó á nublarse su vista y súbitamente experimentó el afán de no finiquitar su existencia en aquella habitación sombría. Se propuso gritar y la voz no surgió de sus labios. Tambaleándose, y dejando caer el pliego, fué apo- yándose en las paredes hasta el dormitorio. Una vez en él se dejó desplomar sobre el lecho.

Percibió el aura letal del ataque epiléptico. Pri- mero fueron unas sacudidas acompasadas, rítmi- cas, en la nuca; luego la mandíbula contraída si- guió el compás de aquella tracción invisible. Un convulsivo retorcimiento dislocaba sus articulacio- nes, produciéndole dolores insoportables y agudos. Una intensa punzada en el corazón precedió al des- vanecimiento total, entre bruscas y torturantes sa- cudidas.

Le pareció que la campana de un reloj sonaba las diez. Luego fué eclipsándose de sus ojos la luz, de su cerebro la conciencia. Por fin se hizo el silen- cio absoluto y todo fué sombra...

Algo tenaz y monótonamente rumoroso como el zumbido de un enjambre; á poco una vibración de los cristales sacudidos sobre sus cajetines por el viento, una sensación de agudo dolor en las sienes,

fué lo primero que sintió Pablo. Creyó estar sepul- tado en una honda cripta. Gradualmente fué reco- brando la noción de las cosas y la sensación de la vida, y por último, comenzó á darse cuenta de su estado. Había sido víctima de una convulsión; re- cordó su llegada á la biblioteca, sus esfuerzos pe- nosos por leer la carta de Dolores. ¡La carta! Esta fué su única obsesión. Se echó fuera del lecho; sin- tió vacilar sus rótulas y otra vez le acometió un aturdidor desvanecimiento. Dos minutos tardó en reponerse y echar á andar en la obscuridad hasta arribar al sitio mismo en que hubo de abandonar la lectura. Encendió luz y encontró la carta en el suelo. La recogió con ansia, y sentándose junto á su mesa de trabajo, se puso á leer.

«Pablo—escribía la esposa ausente—, no merez- co perdón. Pero lo necesito. Me hace falta para morir y te lo imploro con el alma entera de rodi- llas, próxima á desfallecer de frío y desesperación, llorando al escribir esta carta en la caseta de un guarda de campo, que por unas horas ha tenido piedad de mi miseria.»

Pablo se enjugó la frente bañada en sudor, mientras por sus espaldas se deslizaba como un hormigueo espasmódico.

«Todo—seguita la infeliz—debí confesártelo an- tes de casarme contigo, pero temí que me abando- naras. Fui cobarde ante el abandono; te quería y preferí arrostrarlo todo á perderte de una vez para siempre. Dos años mortales he estado sufriendo las consecuencias de esta falta. Yo misma me causaba desprecio y no me juzgaba con derecho á exigirte cariño, ni siquiera conmiseración. Tú tan bueno, tan noble, eras engañado por mí. Yo era, como soy, una mujer miserable, condenada al desprecio y la indiferencia en expiación de mi culpa.

»En mis horas de soledad pensaba que no podría aliviar á mi corazón de su abatimiento ni á mi pecho de su congoja mientras no te confesara franca y completamente mi delito. Me echaría á tus pies y recibiría de ti el perdón ó la muerte. Luego que volvías, toda mi fortaleza se disipaba; quería hablar, y mi garganta no podía articular el menor sonido. Débil para la tentación, lo era también para la penitencia. Fué preciso que me creyera perdida irremisiblemente para que en mi lecho de agonía me atreviera á confesarte el delito que ha sido para siempre mi perdición.»

¿Era ira ó compasión lo que experimentaba Pablo al leer aquellas líneas, trazadas por una mano nerviosa y débil? Quería creer que era furor y era una piedad dulce, benevolente, hacia la infeliz criatura, nacida sólo para sufrir sin encontrar jamás en su camino amor y consuelo.

«Endeble siempre y enfermiza—siguió leyendo—viví hasta los diez y siete años en un estado que para mi padre, viudo cuando apenas comencé á andar, fué verdaderamente motivo de alarma. Consultados los médicos, aconsejaron á mi padre que me enviase á pasar una temporada en la sierra para que allí pudiera oxigenarme y recobrar el vigor perdido. Se pensó entonces en mi antigua nodriza, viuda sin sucesión, quien residía en una aldehuela de la montaña, viviendo de una corta pensión que le pasaba la duquesa de Jerezano. Llevóme mi padre, primero en ferrocarril y luego en diligencia, hasta la vivienda de Dorotea, que tal era el nombre de la antigua sirvienta. Recibíome ella con alegría, ausentóse mi padre después de recomendarme á su celo, y, á los cuatro días de estar allí, éramos las mejores amigas del mundo.

»Lo único que me contrariaba sobremanera era

que, casi todas las noches, á eso de las diez, después que yo me había acostado, salía ella con el pretexto de vigilar sus predios para que no entrara el ganado á pastar y recoger de paso flores medicinales silvestres. Dios me condene si no llegué á sospechar y aun creer que más bien era para servir de espía y vigilante en ciertas cortas clandestinas, de las cuales, llegada la ocasión, era ella la primera y más expresiva en lamentarse.

»Un día hube de guardar cama, molestada por un fuerte y tenaz enfriamiento. Dorotea me cuidó con esmero, me preparó jarabes y tisanas y permaneció á mi lado la mañana entera. A eso del anochecer oí pasos extraños y el ruido de la culata de una carabina. Pregunté á Dorotea y me dijo que paraba en la casa un cazador, el cual, extrañado en el monte, pernoctaría allí hasta que el alba le permitiera orientarse hacia aquellos sitios en que había de proseguir el ojeo.»

Detúvose al llegar aquí Pablo. Su palidez era tan densa que más pudiera llamarse lividez. Experimentaba un desasosiego que sólo podía dominar el ansia de acabar la lectura.

«Dorotea, olvidando los deberes que con mi padre había contraído, ó juzgando sin duda que yo no podía correr riesgo, salió aquella noche como todas. Era bien avanzada, cuando unos pasos cautelosos resonaron en mi habitación. Lancé un grito atemorizada. Entonces un hombre avanzó hacia mí, y sujetándome con sus brazos nervudos hasta causarme horrible daño, me dió un beso abrasador en la boca.»

Pablo se agitaba nervioso en su asiento. La lectura tenía más que nunca extraordinario interés. Sobre el papel había una señal confusa; algo como la huella de una lágrima.

«Luché, pero en vano. Nadie podía escuchar mis gritos; mis fuerzas se agotaban; de mí sér se apoderaba una sensación voluptuosa. Somos de carne, Pablo, somos de carne las mujeres. Necesitamos un sostén, un apoyo. Fui vencida y lloré toda la noche desvelada mi delincuencia. A la madrugada siguiente, el forastero, sin dar tiempo á que yo conociera su rostro, sin duda enrojecido por la vergüenza, huyó de Somosierra.»

Pablo lanzó un grito y alzóse en pie. Desde el principio de la lectura había cruzado por su imaginación una vaga y creciente sospecha. Ahora no había duda. El desvergonzado salteador de honras, el violador de doncellas indefensas, el criminal, el homicida... ¡había sido él!

¡El, y la carne no le había avisado que ella, Dolores, era la víctima de su culpa! ¡El, y había arrojado á aquella débil mujer al arroyo como si en aquella vergonzosa jornada no fuera ella la víctima y él el verdugo!

¿Cómo había llegado á aquel acceso feroz de locura? No lo sabía. Entrado por error en la habitación había encontrado una mujer desnuda en su lecho y tomádola por una aventurera ó una mujer de baja estofa. Luego la resistencia le había enardecido y una niebla de torpes deseos había cegado sus ojos. ¿Era este el primer caso de atropello brutal? ¿Era él el primer hombre en quien una vez en la vida el deseo había extinguido la luz de la razón y despertado los instintos de fiera?

Merecía cien muertes, y ella necesitaba reparación, pues que á ella tocaba imponerle el condigno castigo. Y, al saber que era casta Dolores, sintió una alegría tan honda, que midió por la vez primera toda la intensidad del placer de vivir.

«¡Pablo... me muero!—seguía la víctima dolien-

te—. Necesito que me estreches una sola vez en tus brazos; me muero de vergüenza, de hambre y de frío. A las diez estaré en la puerta. Si abres, es que me has perdonado, como te lo suplico por la santa memoria de tu madre. Si la puerta permanece cerrada, será que para mí no hay misericordia.»

Levantóse Pablo como movido por un resorte y miró al reloj. Faltaban tres minutos para las cuatro de la madrugada.

Corrió loco, desatentado; bajó los escalones de tres en tres y abrió la puerta de par en par.

Caído en el dintel un bulto negro, informe en apariencia, yacía inerte.

Pablo lanzó un rugido salvaje: el grito que debió lanzar al verse solo con su remordimiento Cain. Se inclinó sobre el bulto y alzó el velo negro que le cubría.

Era el cadáver de Dolores, de la mujercita sumisa de ojos zarcos, plegados ahora por el sueño inefable de que nunca se vuelve.

Había esperado en vano á Pablo en la puerta de su jaula dorada, y no viéndola abierta al amor ni á la misericordia, la pobrecilla, como el tierno jilguero, se había dejado morir de dolor y de frío.

